

LA PROTESTA HUMANA

PERIODICO ANARQUISTA

SUSCRIPCIÓN

Trimestre. \$ 1.00
Año 4.00
Paquetes de 25 ejemplares 1.00.
Pago adelantado

Sale todos los Domingos

NÚMERO SUELTO: CINCO CENTAVOS

DIRECCIÓN:

G. LAFARGA

Casilla de Correo Núm. 1227
BUENOS AIRES

LEGALOMANÍA

Contaba el marqués de Albaída que habiendo ocurrido el naufragio de un buque tripulado por ingleses y españoles y una vez en salvo en playa desierta la tripulación, los señores sajones atendieron con gran diligencia á las apremiantes necesidades de comer y abrigarse, mientras nuestros compatriotas, muertos de hambre y de frío, discutían donosamente un reglamento interior.

Este cuento del famoso propagandista de la federal pinta de mano maestra la desmedida afición de nuestros coterráneos á reglamentarlo y codificarlo todo. No creo, sin embargo, que esta afición sea exclusiva de los españoles. La tendencia á establecer en capítulos y artículos, reglas de conducta aún para los asuntos más mínimos es común á los pueblos constitucionales siquiera tenga caracteres predominantes en los países latinos.

Desde la revolución francesa hasta nuestros días las leyes, reglamentos, constituciones y códigos han sido prodigados de tal modo que bastan seguramente á llenar la más amplia estantería. Nuestros letrados, más ó menos eruditos, no carecen jamás de un precepto legal en que apoyar la defensa de la peor de las causas. En el inmenso farrago legislativo de cualquier nación hoy aucto campo para todas sus tesis.

No obstante las infinitas contradicciones de lo legislado, se nos educa en la noción de una legalidad común como cosa preexistente é invariable, de tal modo que aun los más pobres de intelecto, apenas tienen necesidad de reunirse con cualquier objeto, lo primero á que acuden es á discutir largamente y á estatuir con minuciosidad ridícula los menores detalles de la conducta futura. Toda reunión política, social, económica, pública ó privada, ó puramente doméstica, se convierte, por obra y gracia de la educación recibida y de los hábitos adquiridos, en parlamento empachoso de sempiterna charla.

En el propio ambiente que respiramos está el microbio de la legalomanía. Sin el atadero del cura ó del juez, previas las fórmulas de ritual, no pueden unirse los sexos. Sin los audaces del bautismo ó de la inscripción, no se llega á ser ciudadano. Sin la consulta anticipada de códigos, leyes, reglamentos, decretos y disposiciones particulares, no se puede cometer una empresa, establecer una industria ó un comercio. Para disponer del propio peculio se necesita atenerse á la ley, qué mucho que para vivir, en toda la extensión de la palabra, se necesite á cada instante el permiso de la ley, si niun la muerte se salva de las mallas legislativas!

Entre procuradores, escribanos, abogados y notarios, amen de los legisladores de oficio, que á cada paso nos acosan con sus interesadas solicitudes, no queda honrado ciudadano que trabaja y trabaja sudando como un bruto para mal vivir, instante de reposo en que pararse á leer á cerca de la enorme carga que la legislación le obliga á soportar moray materialmente. Así aceptamos de corto las enseñanzas de los leguleyos y hasta nos envanecemos de atacar, respetar y poner las más absurdas y despóticas disposiciones. Acatamos y pagamos por nuestro acatamiento. Abdicamos nuestra per-

sonalidad y entregamos el bolsillo. Y al fin de cuentas el embrutecimiento llega á su límite y cada individuo se ha trocado en minúscula rueda que gira según el impulso que recibe al objeto de que el gran todo marche triunfalmente con maravillosa regularidad.

Si se consulta á muchos demócratas y se interroga á los que desde el campo del socialismo pretenden dirigir el progreso de las ideas, dirán que no se puede hacer nada sin una legalidad previa y que en un buen reglamento estriba todo el éxito del porvenir. Y sin embargo, cada uno de nosotros pugna á cada instante por romper las ligaduras de la ley, por arrojar los inútiles andadores y el superfluo andamiaje de la máquina gubernativa. Cada uno de nosotros se esfuerza tenazmente por recavar su autonomía, por hacer sentir su yo libre, independiente, diferenciándose, en la coexistencia de la vida general, de las otras individualidades á la suya semejantes y á la suya iguales. Cada uno de nosotros lucha sin tregua por afirmarse constantemente frente á los demás, porque sólo con esta condición la existencia individual puede reputarse completa.

¿De donde viene, pues, la manía legalitaria, si así puedo expresarme?

Del hábito, de la costumbre de repetir mecánicamente ideas y actos, teorías y prácticas, sin examen suficiente y sin estudio bastante. Dícese del hombre que es un animal de costumbres y nada más exacto, ya que de la conducta diaria se derivan enseñanzas tradicionales que tienden á perpetuar la rutina y la obediencia á la rutina. Mas como la individualidad persiste á través de todas las enseñanzas y de todas las costumbres de aquí que cada ciudadano resulte una antinomia viviente que de un lado se rebela contra todo lo estatuido y de otro acata y acepta toda lo legislado. No hay quien personalmente deje de sentirse capaz de todas las empresas, pero apenas intenta acometerlas revive el demonio de la sugestión habitual y ya no se piensa sino en redactar artículos y más artículos que de hecho no sirven para otra cosa que para anular todos los esfuerzos é imposibilitar la obra intentada.

Los partidos políticos malgastan comúnmente sus energías en sustituir unas á otras legalidades con el objeto constante de que cada individuo pueda obrar por cuenta propia, lo menos posible. Las organizaciones socialistas ó simplemente económicas de obreros no van á la zaga de los partidos políticos y aun hacen alarde de ser más legalistas y más estrictamente reglamentarias que ninguna otra.

Es una manía con tendencia á la locura incurable. Y es una manía fomentada por todos á pesar de nuestras declamaciones por la falta de energías individuales, por la carencia de personalidades salientes. Procuramos anular todo lo que constituye las individualidades, hacemos de los hombres máquinas, y luego lamentamos la general inacción, la pasividad y la indiferencia de las gentes.

Basta de términos medios. Es menester decidirse ó por la uniformidad reglamentaria ó por la independencia individual.

Si lo primero no tenemos derecho á quejarnos. Si lo segundo sigamos el ejemplo de los sajones del Marqués de Albaída. En lugar de discutir reglamentos interiores ó exteriores, sin los que todo puede hacerse mejor que con ellos, atendamos con diligencia suma á las necesidades primeras de la

vida, comer y abrigarse, y cuenta con la metáfora para que nos entienda quien quiera entendernos. En vez de cuestionar sobre la lentitud ó rapidez de la marcha y mucho menos sobre su reglamentación para ahora y para lo futuro, marchemos resueltamente que la acción es vida para individuo y para la colectividad. Marchemos resueltamente y por el camino, al paso que andamos, aprenderemos á caminar sin inútiles reglamentos que es el mejor procedimiento para curarnos de la peste reinante, la legalomanía.

R. Mella.

Atentado autoritario

Los menores reclusos en la cárcel correccional de menores, rindieron ayer su examen de práctica, ante una comisión presidida por el Sr. Salvador F. Natale.

Un profesor que formaba parte de la mesa examinadora, nos ha referido que los examinados se presentaron en un estado tal de abandono, que inspiraban lástima. De los 60 menores que se acercaron á la mesa, había dos ó tres en calzoncillos y descalzos casi todos.

Los examinadores se retiraron mal impresionados y dispuestos á pasar una nota al consejo nacional de educación denunciándole la censurable dejadez en que la incuria oficial ha sumido á aquellos desgraciados, muchos de los cuales no han cometido ningún delito.

Mientras el gobierno no se decide á habilitar la nueva cárcel correccional de menores, vacilando entre si debe entregar su dirección á la congregación religiosa que la ha solicitado, ó cumplir con la ley poniendo al frente de dicho establecimiento al personal administrativo designado por ella, ahí están los menores, viviendo en una promiscuidad condenable, vistiendo harapos mugrientos que llaman la atención de todo el público que los ve.

Como decimos, la comisión examinadora se dirigirá, quizás hoy mismo, al consejo de educación, formulando una protesta sobre el estado en que se hallan los menores indebidamente alojados en la penitenciaria.

(De La Nación, Buenos Aires).

Es aún la autoridad, directamente, la que descuidando los seres puestos por esta sociedad madre á su cuidado, atenta á la vida de estos pequeños... Ningún delito cometieron, la infancia es irresponsable, y sin embargo, con ellos se comete el más atroz de los delitos, el abandono total...

Por cada atentado anarquista hay centenares de indole parecida. Solo que, como no meten raldo ni atacan á los de arriba, nadie quiere tenerlos en cuenta. ¡Oh lógica de los filónomas al uso! ¡Oh sabiduría de los periodistas y escritores burgueses! ¡Oh imbéciles!

EL TRABAJO MANUAL

LA EDUCACIÓN SOCIAL

Nada tan deplorable como un estado social privado de todas las virtudes y de todo equilibrio! La cordialidad es en él excepción. La intolerancia, la tiranía constituyen la regla general. Nadie da con él pruebas de buena fe ni de lealtad. Cada uno se mira á través del vidrio de aumento de la vanidad y de la suficiencia, y llega á empequeñecer á los otros, no queriendo reconocerles ni cualidades ni valer.

El rico, de lo alto de toda su opulencia, sacude compasivamente las espaldas arrojando una mirada desdeñosa sobre el pobre. Parece que éste no tiene ni siquiera el derecho de llevar andrajos y de tener hambre.

El pobre, por su parte, no perdona al rico su bienestar. No es á sus ojos, más que un perezozo intrigante; y así la ignorante codicia del uno desempeña un papel absolutamente semejante á la orgullosa suficiencia del otro.

El primero considera el trabajo de las manos como una ocupación envilecedora, la tarea de una clase inferior, del ilota, del esclavo.

El segundo, ve, en ese trabajo, una injusta obligación impuesta por el azar del nacimiento y de la desgracia, y de la que es honroso librarse lo más pronto posible. Y así cada uno aspira á no trabajar jamás, considerando el trabajo como signo de inferioridad.

¡Cuántas páginas bellas y dolorosas podrían escribirse sobre este tema!

Se encontraría quizá, en esta repugnancia manifiesta de las clases acomodadas hacia el trabajo de las manos, repugnancia compartida por la pequeña burguesía, después por el pueblo, la causa de esa fiebre general que dió origen á la plaga odiosa, ya peligrosa tal vez: la burocracia.

Se encontraría también, buscando mejor, el síntoma de una generación debilitada, madura ya por la decadencia. La ruina de las civilizaciones antiguas comenzó el día en que, descansando sobre ejércitos de esclavos para subvenir á las necesidades materiales, esos pueblos abandonaron el trabajo de las manos.

Cuando se haya extirpado esa falsa vergüenza que aleja del trabajo como de un acto degradante; cuando se haya dignificado el trabajo manual, cuando se haya dado á las diferentes clases de la sociedad la sana noción de lo que es honorable: el trabajo; y de lo que es envilecedor: la ociosidad; cuando se haya evidenciado la verdad generalmente puesta en duda hoy, de que el trabajo proporciona un goce real; cuando se haya llegado á mostrar la influencia bienhechora del trabajo de las manos sobre la salud y sobre el desarrollo físico, intelectual y moral; el debilitamiento, la misma enfermedad y cierta degeneración, resultados de una perezoza inercia, oh! entonces se habrá hecho mucho en favor de la cuestión social; se habrá preparado el advenimiento de una generación de hombres fuertes, serios, hábiles, sanos, inteligentes y bellos!

Naturalmente por trabajo en la escuela, no puede entenderse esos trabajos agobiadores, sea por la duración, sea por los esfuerzos incompatibles con el organismo humano, que exigen. Lo que ha hecho odiar el trabajo, es el exceso que reduce al hombre al papel de bestia de carga. Lo que nosotros preconizamos, lo que defendemos, lo que aconsejamos, es una labor cotidiana bien calculada sobre la fuerza humana, sobre su poder de producción, teniendo en cuenta la ley de la higiene, constituyendo una gimnasia fortificante, y no una de esas tareas que extenuan, que matan. Un trabajo así entendido constituye el mejor aliciente para la actividad humana y es de una naturaleza capaz de conquistar á las ocupaciones manuales la estima que les corresponde.

Pero no caigamos en error: el verdadero medio para alcanzar rápida y eficazmente

ese fin es menos el de poner sitio a los padres y a los hombres de escuela, que es el de poner el niño al trabajo.

Este será cautivado en el acto, y el placer que manifestará, los resultados sorprendentes en educación manual y en educación general a que llegará, serán el mejor argumento en favor del nuevo ramo.

Colocad el uno al lado del otro, el niño del pueblo en el banco, el burgués en el torio, el hijo del rico en la piedra de afilar; se sentirán todos más grandes, más nobles, mejores.

Todos trabajarán con gusto y, si están ya imbuidos en las ideas erróneas que corren respecto del trabajo de las manos, esas ideas no tardarán en desaparecer para dar lugar a una opinión mejor razonada y por lo tanto más sana. Si esas ideas no existen todavía en ellos, sería inútil predicárselas; jamás los discursos podrán más que el atractivo que sentirán por el trabajo de las manos.

La aplicación de las nociones de economía conducirá a la probidad; el orden y servicios mutuos que se prestarán los alumnos se cambiarán en sociabilidad; el egoísmo quedará desterrado por el hecho mismo de que perjudicaría al que mostrara tenerlo. La avaricia se volvería por eso mismo un defecto de más en más raro, la prodigalidad se moderaría por la idea más exacta del valor relativo de cada cosa, idea que no dejarán de desarrollar el trabajo manual, y así, un conocimiento mejor meditado del valor real del tiempo, de los esfuerzos, de las fatigas, y por consiguiente, del trabajo hecho, hará al hombre que mantendrá buenas relaciones con sus semejantes y con la sociedad.

Educados en los mismos bancos, habrán podido conocerse mejor, apreciarse, convivirse de que no hay entre ellos más diferencia que la de la infame posición.

Cuando se reflexiona sobre nuestro sistema de enseñanza, no puede uno mostrarse sorprendido del disgusto general que el trabajo inspira. De siete a catorce años, el niño muestra por cierto mayor inclinación a la actividad física y manual que por el trabajo intelectual. No obstante es éste solamente que se le sujeta. Y además, que es lo que no oye decir en su casa contra la vida del obrero! Cuán fuerte no será la influencia de lo que hiera sus ojos; el hombre honrado por todos, el ricacho, aquel a quien se ve siempre tan bien vestido, ese no trabaja! Pero la aversión por el trabajo de las manos en una sociedad como la actual, con un sistema de enseñanza tan exclusivo como el que nos rige, esta aversión es más que natural, es fatal.

Cómo podrá pretenderse que a los catorce años, se ponga uno a ejercitar facultades hasta entouces dejadas sin cultivo? Si se trata de una facultad intelectual, todo el mundo clamaría que es imposible. El adulto que ha sido criado desde su tierna infancia sin hacer trabajo a sus diez dedos, que se ha entregado desde los seis años al oficio de estudiante, que ha dejado en la torpeza más completa a sus facultades manuales, que está imbuido en las ideas generalmente profesadas con respecto del trabajo de las manos, que tiene bajo sus ojos influencias nefastas, se creará feliz, privilegiado, si es capaz de desempeñar como un empleado algunas economías, el desgraciado irá a engrosar la legión de los *declassés* donde no tendrá, a menudo, como única compensación a la más negra miseria, más que la satisfacción de no trabajar.

La enseñanza del trabajo manual, aportaría un remedio a este estado de cosas. No es una panacea y sus efectos, no se harán sentir de un día para otro. Debe contarse con los prejuicios. Pero es cierto que si el niño pudiera dedicarse al trabajo manual como se dedica a los estudios, si comenzara a ejercitarse para ser habil, desde que sus facultades se revelan, elegiría más ameno de lo que hoy lo hace, el género de vida que le conviene, la vida de trabajador. Y gozaría, además, de muchas ventajas que la actual sociedad no ha creído deber acordar a los obreros.

Con motivo del trabajo de las manos, el niño se ejercitaría en llevar a la práctica las nociones teóricas referentes a los oficios y de la que el obrero no sabe, lo más ameno sacar partido, porque no se le ha ejercitado en ello.

En fin, el trabajo de las manos permitiría al niño revelar sus aptitudes, cosa preciosa cuando se trata de la elección de un oficio.

Puede afirmarse que la sociedad pierde enormemente a consecuencia de la elección poco juiciosa que se hace del oficio, y una elección más razonada es imposible, puesto que ni parientes ni niños pueden hacerse una convicción a éste respecto. Del punto de vista de la educación social, del punto de vista social, la enseñanza del trabajo manual produciría los mejores frutos.

En fin, el trabajo de las manos permitiría al niño revelar sus aptitudes, cosa preciosa cuando se trata de la elección de un oficio.

Puede afirmarse que la sociedad pierde enormemente a consecuencia de la elección poco juiciosa que se hace del oficio, y una elección más razonada es imposible, puesto que ni parientes ni niños pueden hacerse una convicción a éste respecto. Del punto de vista de la educación social, del punto de vista social, la enseñanza del trabajo manual produciría los mejores frutos.

En fin, el trabajo de las manos permitiría al niño revelar sus aptitudes, cosa preciosa cuando se trata de la elección de un oficio.

Puede afirmarse que la sociedad pierde enormemente a consecuencia de la elección poco juiciosa que se hace del oficio, y una elección más razonada es imposible, puesto que ni parientes ni niños pueden hacerse una convicción a éste respecto. Del punto de vista de la educación social, del punto de vista social, la enseñanza del trabajo manual produciría los mejores frutos.

En fin, el trabajo de las manos permitiría al niño revelar sus aptitudes, cosa preciosa cuando se trata de la elección de un oficio.

Puede afirmarse que la sociedad pierde enormemente a consecuencia de la elección poco juiciosa que se hace del oficio, y una elección más razonada es imposible, puesto que ni parientes ni niños pueden hacerse una convicción a éste respecto. Del punto de vista de la educación social, del punto de vista social, la enseñanza del trabajo manual produciría los mejores frutos.

En fin, el trabajo de las manos permitiría al niño revelar sus aptitudes, cosa preciosa cuando se trata de la elección de un oficio.

Puede afirmarse que la sociedad pierde enormemente a consecuencia de la elección poco juiciosa que se hace del oficio, y una elección más razonada es imposible, puesto que ni parientes ni niños pueden hacerse una convicción a éste respecto. Del punto de vista de la educación social, del punto de vista social, la enseñanza del trabajo manual produciría los mejores frutos.

He aquí el secreto de esa mortalidad espantosa, de ese Calvario de todo un ejército que tiene en los hospitales ó bajo tierra la mitad de su efectivo, de esos buques llenos de anémicos agonizantes que desembarcaban en nuestros puertos su cargamento de fantasmas. Ya saben las madres que lloran a sus hijos por qué y cómo los perdieron.

Robar a la patria en los momentos en que, sacando fuerzas de flaqueza, hace oro de su miseria; robar el pan a los que la patria defienden, llevándose a morir de hambre por fuerza, es el más negro, es más odioso de los crímenes que cabe cometer. Duramente castiga el Código al robo cuando de él resulta homicidio. Aquí el homicidio y al robo hay que añadir además el delito de alta traición.

¿Quiénes son de tal crimen responsables? Jueces y tribunales debe haber para averiguarlo. Un cadáver que se encuentra en des poblado, una bomba que estalla, dejan harto menos huellas a las investigaciones de la justicia que ese delito público en que han tenido que intervenir muchos autores. Si una enormidad tan grande queda impune, ¿con qué autoridad podrán condenar en lo sucesivo los tribunales a los ladrones y asesinos?

(De *El Diluvio*, de Barcelona, 12 Nov. 97).

Si nosotros, los anarquistas, hubiésemos expuesto, antes que nadie, la sangrienta evidencia de estos hechos, hubiera salido de la boca de los patriotas el eterno panatema que lanza la pillería y la imbecilidad a los que tienen la osadía de poner al descubierto, en toda su nauseabunda hediondez, los infames medios de que se valen estos caballeros, muy patriotas, para amasar sus colosales fortunas.

Afortunadamente, y aunque de antemano estábamos convencidos de lo que el patriotismo significa, esta vez es un periódico burgués, un órgano republicano nada sospechoso de anarquismo, quien concuerda con nuestras voces de alerta! al pueblo que una burguesía codiciosa y acanallada asesina en la manigua cubana.

No podrán, por consiguiente, tildarnos de embusteros y exagerados todos estos periodistas-patriotas cuya vida se nutre con la sangre de este pueblo ignorante que así se deja asesinar.

Imposible escribir de esto con calma, con frialdad; precisase mucho tiempo para devolver al ánimo la serenidad, alterada por tan graves acusaciones.

Y volviendo los ojos a esas miradas de esqueletos desembarcados con el auxilio de las grúas del muelle, en cajones, como guñapos arrojados por la sangrienta ola de la guerra, renuévase el dolor en el alma pensando en que lo que las listas acusaban como cloro-anemia era simplemente hambre. Y lo que nos hacían tomar por enfermedades adquiridas al soplo mortal de aquel clima homicida, era más que el resultado de viles explotaciones.

Horrido espectáculo! Ellos, nuestros soldados, vertieron generosamente su sangre, dando la salud y a vida con no igualada prodigalidad; y mientras tanto, el dinero enviado por la Patria para alimentarlos y atenderlos perdiéndose en corrientes malvasas y engrosando la fortuna de unos dantos explotadores.

El General Losada tiene un deber que cumplir, y no puede eludir su cumplimiento sin cometer un delito de lesa patria; tiene el deber de decir algo más, tiene la obligación de decirnos por qué hizo eso ahora en tres días que antes en dos años, por qué ingresaron en los hospitales esos 15.000 hambrientos, sin que haya habido hasta ahora un espíritu valiente que salvara de la muerte a tantos miles de soldados como habrán perecido de hambre y las soledades de la manigua, en los campamentos, en los fuertes, lejos de todo hospital y privados de todo amparo.

Y cuando el General Losada haya cumplido ese deber cumplirá el suyo el Gobierno, porque a cambio le llevarán los clamores vestidos de tanto madre que pueden decir, vestidas de luto y con sollozos de dolor:

¿Por qué dimos a la patria nuestros hijos para que defendiesen la integridad del territorio y la honra de España, para que en santos altares hicieran el holocausto de su sangre, de su vida. Pero se los dimos para que los matasen de hambre y las soledades de la manigua?

¿Cuando organo conservador tan caracterizado afirma que no se puede escribir con el particular con calma y serenidad, como estas cosas indignan hasta a los de arriba, que de extraño tiene que, nosotros, los hijos del pueblo, increpemos y maldiciéramos?

¿Estará siempre condenado este mundo a ser la manija de imbeciles y de canallas?

Tentados estaríamos a creerlo si nuestra fe en el Progreso no nos indicara que to-

das las señales avvicinan el día de las represalias, el día de las grandes venganzas, y que la burguesía está cavando su tumba, con sus propias manos, en el muladar que será su última morada.

Escrito lo que antecede, hallamos en un periódico conservador de La Coruña, *La Voz de Galicia*, 7 de Noviembre, la corroboración de lo escrito por el periódico republicano barcelonés.

Cuando organos burgueses tan distanciados en ideas uno de otro concuerdan en lo mismo, es de presumir que no cabe la suposición más remota de que el crimen evidenciado sea una falsedad ó exageración.

Léase lo que sigue: Podían parecer sospechosos por su origen la mayor parte de las noticias que sobre el General Weyler rodaron estos días por los periódicos; podía atribuirse a exageraciones de la pasión lo mucho que la prensa viene atribuyendo al ex-Capitán general de la Isla de Cuba; pero ni los laborantes de Cayo-Hueso, ni los filibusteros americanos, ni los periódicos madrileños que con más saña han combatido al General Weyler, pudieron atribuirle cosa tan grave como la que denuncia uno de los telegramas de nuestro corresponsal, que en otro lugar publicamos.

Diez desde la Habana el Inspector general de Sanidad Militar, Sr. Fernández Losada, que en los hospitales de Cuba hay 15.000 soldados que no necesitan medicinas sino alimentos, que no tienen paludismo sino hambre, que no han sido vencidos por el vomito sino por la miseria.

Y con ser eso tan grave que se sienten hondos estremecimientos al leerlo, aún parece escender mayor gravedad otra afirmación del General Losada: la de que ha hecho más ahora en tres días que antes en dos años.

¿Pero qué pasaba en Cuba en ramos tan importantes como el alimento y las medicinas del soldado? ¿Dónde se han disuelto esos millones de pesos que tan prodigamente envió a Cuba el Tesoro español para que los soldados de la patria no careciesen de nada?

Imposible escribir de esto con calma, con frialdad; precisase mucho tiempo para devolver al ánimo la serenidad, alterada por tan graves acusaciones.

Y volviendo los ojos a esas miradas de esqueletos desembarcados con el auxilio de las grúas del muelle, en cajones, como guñapos arrojados por la sangrienta ola de la guerra, renuévase el dolor en el alma pensando en que lo que las listas acusaban como cloro-anemia era simplemente hambre. Y lo que nos hacían tomar por enfermedades adquiridas al soplo mortal de aquel clima homicida, era más que el resultado de viles explotaciones.

Horrido espectáculo! Ellos, nuestros soldados, vertieron generosamente su sangre, dando la salud y a vida con no igualada prodigalidad; y mientras tanto, el dinero enviado por la Patria para alimentarlos y atenderlos perdiéndose en corrientes malvasas y engrosando la fortuna de unos dantos explotadores.

El General Losada tiene un deber que cumplir, y no puede eludir su cumplimiento sin cometer un delito de lesa patria; tiene el deber de decir algo más, tiene la obligación de decirnos por qué hizo eso ahora en tres días que antes en dos años, por qué ingresaron en los hospitales esos 15.000 hambrientos, sin que haya habido hasta ahora un espíritu valiente que salvara de la muerte a tantos miles de soldados como habrán perecido de hambre y las soledades de la manigua, en los campamentos, en los fuertes, lejos de todo hospital y privados de todo amparo.

Y cuando el General Losada haya cumplido ese deber cumplirá el suyo el Gobierno, porque a cambio le llevarán los clamores vestidos de tanto madre que pueden decir, vestidas de luto y con sollozos de dolor:

¿Por qué dimos a la patria nuestros hijos para que defendiesen la integridad del territorio y la honra de España, para que en santos altares hicieran el holocausto de su sangre, de su vida. Pero se los dimos para que los matasen de hambre y las soledades de la manigua?

¿Cuando organo conservador tan caracterizado afirma que no se puede escribir con el particular con calma y serenidad, como estas cosas indignan hasta a los de arriba, que de extraño tiene que, nosotros, los hijos del pueblo, increpemos y maldiciéramos?

¿Estará siempre condenado este mundo a ser la manija de imbeciles y de canallas?

Tentados estaríamos a creerlo si nuestra fe en el Progreso no nos indicara que to-

das las señales avvicinan el día de las represalias, el día de las grandes venganzas, y que la burguesía está cavando su tumba, con sus propias manos, en el muladar que será su última morada.

Escrito lo que antecede, hallamos en un periódico conservador de La Coruña, *La Voz de Galicia*, 7 de Noviembre, la corroboración de lo escrito por el periódico republicano barcelonés.

Cuando organos burgueses tan distanciados en ideas uno de otro concuerdan en lo mismo, es de presumir que no cabe la suposición más remota de que el crimen evidenciado sea una falsedad ó exageración.

Léase lo que sigue: Podían parecer sospechosos por su origen la mayor parte de las noticias que sobre el General Weyler rodaron estos días por los periódicos; podía atribuirse a exageraciones de la pasión lo mucho que la prensa viene atribuyendo al ex-Capitán general de la Isla de Cuba; pero ni los laborantes de Cayo-Hueso, ni los filibusteros americanos, ni los periódicos madrileños que con más saña han combatido al General Weyler, pudieron atribuirle cosa tan grave como la que denuncia uno de los telegramas de nuestro corresponsal, que en otro lugar publicamos.

Diez desde la Habana el Inspector general de Sanidad Militar, Sr. Fernández Losada, que en los hospitales de Cuba hay 15.000 soldados que no necesitan medicinas sino alimentos, que no tienen paludismo sino hambre, que no han sido vencidos por el vomito sino por la miseria.

Y con ser eso tan grave que se sienten hondos estremecimientos al leerlo, aún parece escender mayor gravedad otra afirmación del General Losada: la de que ha hecho más ahora en tres días que antes en dos años.

¿Pero qué pasaba en Cuba en ramos tan importantes como el alimento y las medicinas del soldado? ¿Dónde se han disuelto esos millones de pesos que tan prodigamente envió a Cuba el Tesoro español para que los soldados de la patria no careciesen de nada?

Imposible escribir de esto con calma, con frialdad; precisase mucho tiempo para devolver al ánimo la serenidad, alterada por tan graves acusaciones.

Y volviendo los ojos a esas miradas de esqueletos desembarcados con el auxilio de las grúas del muelle, en cajones, como guñapos arrojados por la sangrienta ola de la guerra, renuévase el dolor en el alma pensando en que lo que las listas acusaban como cloro-anemia era simplemente hambre. Y lo que nos hacían tomar por enfermedades adquiridas al soplo mortal de aquel clima homicida, era más que el resultado de viles explotaciones.

Horrido espectáculo! Ellos, nuestros soldados, vertieron generosamente su sangre, dando la salud y a vida con no igualada prodigalidad; y mientras tanto, el dinero enviado por la Patria para alimentarlos y atenderlos perdiéndose en corrientes malvasas y engrosando la fortuna de unos dantos explotadores.

El General Losada tiene un deber que cumplir, y no puede eludir su cumplimiento sin cometer un delito de lesa patria; tiene el deber de decir algo más, tiene la obligación de decirnos por qué hizo eso ahora en tres días que antes en dos años, por qué ingresaron en los hospitales esos 15.000 hambrientos, sin que haya habido hasta ahora un espíritu valiente que salvara de la muerte a tantos miles de soldados como habrán perecido de hambre y las soledades de la manigua, en los campamentos, en los fuertes, lejos de todo hospital y privados de todo amparo.

Y cuando el General Losada haya cumplido ese deber cumplirá el suyo el Gobierno, porque a cambio le llevarán los clamores vestidos de tanto madre que pueden decir, vestidas de luto y con sollozos de dolor:

¿Por qué dimos a la patria nuestros hijos para que defendiesen la integridad del territorio y la honra de España, para que en santos altares hicieran el holocausto de su sangre, de su vida. Pero se los dimos para que los matasen de hambre y las soledades de la manigua?

¿Cuando organo conservador tan caracterizado afirma que no se puede escribir con el particular con calma y serenidad, como estas cosas indignan hasta a los de arriba, que de extraño tiene que, nosotros, los hijos del pueblo, increpemos y maldiciéramos?

¿Estará siempre condenado este mundo a ser la manija de imbeciles y de canallas?

Tentados estaríamos a creerlo si nuestra fe en el Progreso no nos indicara que to-

das las señales avvicinan el día de las represalias, el día de las grandes venganzas, y que la burguesía está cavando su tumba, con sus propias manos, en el muladar que será su última morada.

Escrito lo que antecede, hallamos en un periódico conservador de La Coruña, *La Voz de Galicia*, 7 de Noviembre, la corroboración de lo escrito por el periódico republicano barcelonés.

Cuando organos burgueses tan distanciados en ideas uno de otro concuerdan en lo mismo, es de presumir que no cabe la suposición más remota de que el crimen evidenciado sea una falsedad ó exageración.

Léase lo que sigue: Podían parecer sospechosos por su origen la mayor parte de las noticias que sobre el General Weyler rodaron estos días por los periódicos; podía atribuirse a exageraciones de la pasión lo mucho que la prensa viene atribuyendo al ex-Capitán general de la Isla de Cuba; pero ni los laborantes de Cayo-Hueso, ni los filibusteros americanos, ni los periódicos madrileños que con más saña han combatido al General Weyler, pudieron atribuirle cosa tan grave como la que denuncia uno de los telegramas de nuestro corresponsal, que en otro lugar publicamos.

Diez desde la Habana el Inspector general de Sanidad Militar, Sr. Fernández Losada, que en los hospitales de Cuba hay 15.000 soldados que no necesitan medicinas sino alimentos, que no tienen paludismo sino hambre, que no han sido vencidos por el vomito sino por la miseria.

Y con ser eso tan grave que se sienten hondos estremecimientos al leerlo, aún parece escender mayor gravedad otra afirmación del General Losada: la de que ha hecho más ahora en tres días que antes en dos años.

¿Pero qué pasaba en Cuba en ramos tan importantes como el alimento y las medicinas del soldado? ¿Dónde se han disuelto esos millones de pesos que tan prodigamente envió a Cuba el Tesoro español para que los soldados de la patria no careciesen de nada?

Imposible escribir de esto con calma, con frialdad; precisase mucho tiempo para devolver al ánimo la serenidad, alterada por tan graves acusaciones.

Y volviendo los ojos a esas miradas de esqueletos desembarcados con el auxilio de las grúas del muelle, en cajones, como guñapos arrojados por la sangrienta ola de la guerra, renuévase el dolor en el alma pensando en que lo que las listas acusaban como cloro-anemia era simplemente hambre. Y lo que nos hacían tomar por enfermedades adquiridas al soplo mortal de aquel clima homicida, era más que el resultado de viles explotaciones.

Horrido espectáculo! Ellos, nuestros soldados, vertieron generosamente su sangre, dando la salud y a vida con no igualada prodigalidad; y mientras tanto, el dinero enviado por la Patria para alimentarlos y atenderlos perdiéndose en corrientes malvasas y engrosando la fortuna de unos dantos explotadores.

El General Losada tiene un deber que cumplir, y no puede eludir su cumplimiento sin cometer un delito de lesa patria; tiene el deber de decir algo más, tiene la obligación de decirnos por qué hizo eso ahora en tres días que antes en dos años, por qué ingresaron en los hospitales esos 15.000 hambrientos, sin que haya habido hasta ahora un espíritu valiente que salvara de la muerte a tantos miles de soldados como habrán perecido de hambre y las soledades de la manigua, en los campamentos, en los fuertes, lejos de todo hospital y privados de todo amparo.

Y cuando el General Losada haya cumplido ese deber cumplirá el suyo el Gobierno, porque a cambio le llevarán los clamores vestidos de tanto madre que pueden decir, vestidas de luto y con sollozos de dolor:

¿Por qué dimos a la patria nuestros hijos para que defendiesen la integridad del territorio y la honra de España, para que en santos altares hicieran el holocausto de su sangre, de su vida. Pero se los dimos para que los matasen de hambre y las soledades de la manigua?

¿Cuando organo conservador tan caracterizado afirma que no se puede escribir con el particular con calma y serenidad, como estas cosas indignan hasta a los de arriba, que de extraño tiene que, nosotros, los hijos del pueblo, increpemos y maldiciéramos?

¿Estará siempre condenado este mundo a ser la manija de imbeciles y de canallas?

Tentados estaríamos a creerlo si nuestra fe en el Progreso no nos indicara que to-

das las señales avvicinan el día de las represalias, el día de las grandes venganzas, y que la burguesía está cavando su tumba, con sus propias manos, en el muladar que será su última morada.

Escrito lo que antecede, hallamos en un periódico conservador de La Coruña, *La Voz de Galicia*, 7 de Noviembre, la corroboración de lo escrito por el periódico republicano barcelonés.

Cuando organos burgueses tan distanciados en ideas uno de otro concuerdan en lo mismo, es de presumir que no cabe la suposición más remota de que el crimen evidenciado sea una falsedad ó exageración.

Léase lo que sigue: Podían parecer sospechosos por su origen la mayor parte de las noticias que sobre el General Weyler rodaron estos días por los periódicos; podía atribuirse a exageraciones de la pasión lo mucho que la prensa viene atribuyendo al ex-Capitán general de la Isla de Cuba; pero ni los laborantes de Cayo-Hueso, ni los filibusteros americanos, ni los periódicos madrileños que con más saña han combatido al General Weyler, pudieron atribuirle cosa tan grave como la que denuncia uno de los telegramas de nuestro corresponsal, que en otro lugar publicamos.

Diez desde la Habana el Inspector general de Sanidad Militar, Sr. Fernández Losada, que en los hospitales de Cuba hay 15.000 soldados que no necesitan medicinas sino alimentos, que no tienen paludismo sino hambre, que no han sido vencidos por el vomito sino por la miseria.

Y con ser eso tan grave que se sienten hondos estremecimientos al leerlo, aún parece escender mayor gravedad otra afirmación del General Losada: la de que ha hecho más ahora en tres días que antes en dos años.

¿Pero qué pasaba en Cuba en ramos tan importantes como el alimento y las medicinas del soldado? ¿Dónde se han disuelto esos millones de pesos que tan prodigamente envió a Cuba el Tesoro español para que los soldados de la patria no careciesen de nada?

Imposible escribir de esto con calma, con frialdad; precisase mucho tiempo para devolver al ánimo la serenidad, alterada por tan graves acusaciones.

Y volviendo los ojos a esas miradas de esqueletos desembarcados con el auxilio de las grúas del muelle, en cajones, como guñapos arrojados por la sangrienta ola de la guerra, renuévase el dolor en el alma pensando en que lo que las listas acusaban como cloro-anemia era simplemente hambre. Y lo que nos hacían tomar por enfermedades adquiridas al soplo mortal de aquel clima homicida, era más que el resultado de viles explotaciones.

Horrido espectáculo! Ellos, nuestros soldados, vertieron generosamente su sangre, dando la salud y a vida con no igualada prodigalidad; y mientras tanto, el dinero enviado por la Patria para alimentarlos y atenderlos perdiéndose en corrientes malvasas y engrosando la fortuna de unos dantos explotadores.

El General Losada tiene un deber que cumplir, y no puede eludir su cumplimiento sin cometer un delito de lesa patria; tiene el deber de decir algo más, tiene la obligación de decirnos por qué hizo eso ahora en tres días que antes en dos años, por qué ingresaron en los hospitales esos 15.000 hambrientos, sin que haya habido hasta ahora un espíritu valiente que salvara de la muerte a tantos miles de soldados como habrán perecido de hambre y las soledades de la manigua, en los campamentos, en los fuertes, lejos de todo hospital y privados de todo amparo.

Y cuando el General Losada haya cumplido ese deber cumplirá el suyo el Gobierno, porque a cambio le llevarán los clamores vestidos de tanto madre que pueden decir, vestidas de luto y con sollozos de dolor:

¿Por qué dimos a la patria nuestros hijos para que defendiesen la integridad del territorio y la honra de España, para que en santos altares hicieran el holocausto de su sangre, de su vida. Pero se los dimos para que los matasen de hambre y las soledades de la manigua?

¿Cuando organo conservador tan caracterizado afirma que no se puede escribir con el particular con calma y serenidad, como estas cosas indignan hasta a los de arriba, que de extraño tiene que, nosotros, los hijos del pueblo, increpemos y maldiciéramos?

¿Estará siempre condenado este mundo a ser la manija de imbeciles y de canallas?

Tentados estaríamos a creerlo si nuestra fe en el Progreso no nos indicara que to-

das las señales avvicinan el día de las represalias, el día de las grandes venganzas, y que la burguesía está cavando su tumba, con sus propias manos, en el muladar que será su última morada.

Escrito lo que antecede, hallamos en un periódico conservador de La Coruña, *La Voz de Galicia*, 7 de Noviembre, la corroboración de lo escrito por el periódico republicano barcelonés.

Cuando organos burgueses tan distanciados en ideas uno de otro concuerdan en lo mismo, es de presumir que no cabe la suposición más remota de que el crimen evidenciado sea una falsedad ó exageración.

Léase lo que sigue: Podían parecer sospechosos por su origen la mayor parte de las noticias que sobre el General Weyler rodaron estos días por los periódicos; podía atribuirse a exageraciones de la pasión lo mucho que la prensa viene atribuyendo al ex-Capitán general de la Isla de Cuba; pero ni los laborantes de Cayo-Hueso, ni los filibusteros americanos, ni los periódicos madrileños que con más saña han combatido al General Weyler, pudieron atribuirle cosa tan grave como la que denuncia uno de los telegramas de nuestro corresponsal, que en otro lugar publicamos.

El General Losada tiene un deber que cumplir, y no puede eludir su cumplimiento sin cometer un delito de lesa patria; tiene el deber de decir algo más, tiene la obligación de decirnos por qué hizo eso ahora en tres días que antes en dos años, por qué ingresaron en los hospitales esos 15.000 hambrientos, sin que haya habido hasta ahora un espíritu valiente que salvara de la muerte a tantos miles de soldados como habrán perecido de hambre y las soledades de la manigua, en los campamentos, en los fuertes, lejos de todo hospital y privados de todo amparo.

Y cuando el General Losada haya cumplido ese deber cumplirá el suyo el Gobierno, porque a cambio le llevarán los clamores vestidos de tanto madre que pueden decir, vestidas de luto y con sollozos de dolor:

¿Por qué dimos a la patria nuestros hijos para que defendiesen la integridad del territorio y la honra de España, para que en santos altares hicieran el holocausto de su sangre, de su vida. Pero se los dimos para que los matasen de hambre y las soledades de la manigua?

¿Cuando organo conservador tan caracterizado afirma que no se puede escribir con el particular con calma y serenidad, como estas cosas indignan hasta a los de arriba, que de extraño tiene que, nosotros, los hijos del pueblo, increpemos y maldiciéramos?

¿Estará siempre condenado este mundo a ser la manija de imbeciles y de canallas?

Tentados estaríamos a creerlo si nuestra fe en el Progreso no nos indicara que to-

das las señales avvicinan el día de las represalias, el día de las grandes venganzas, y que la burguesía está cavando su tumba, con sus propias manos, en el muladar que será su última morada.

Escrito lo que antecede, hallamos en un periódico conservador de La Coruña, *La Voz de Galicia*, 7 de Noviembre, la corroboración de lo escrito por el periódico republicano barcelonés.

Cuando organos burgueses tan distanciados en ideas uno de otro concuerdan en lo mismo, es de presumir que no cabe la suposición más remota de que el crimen evidenciado sea una falsedad ó exageración.

Léase lo que sigue: Podían parecer sospechosos por su origen la mayor parte de las noticias que sobre el General Weyler rodaron estos días por los periódicos; podía atribuirse a exageraciones de la pasión lo mucho que la prensa viene atribuyendo al ex-Capitán general de la Isla de Cuba; pero ni los laborantes de Cayo-Hueso, ni los filibusteros americanos, ni los periódicos madrileños que con más saña han combatido al General Weyler, pudieron atribuirle cosa tan grave como la que denuncia uno de los telegramas de nuestro corresponsal, que en otro lugar publicamos.

Diez desde la Habana el Inspector general de Sanidad Militar, Sr. Fernández Losada, que en los hospitales de Cuba hay 15.000 soldados que no necesitan medicinas sino alimentos, que no tienen paludismo sino hambre, que no han sido vencidos por el vomito sino por la miseria.

Y con ser eso tan grave que se sienten hondos estremecimientos al leerlo, aún parece escender mayor gravedad otra afirmación del General Losada: la de que ha hecho más ahora en tres días que antes en dos años.

¿Pero qué pasaba en Cuba en ramos tan importantes como el alimento y las medicinas del soldado? ¿Dónde se han disuelto esos millones de pesos que tan prodigamente envió a Cuba el Tesoro español para que los soldados de la patria no careciesen de nada?

Imposible escribir de esto con calma, con frialdad; precisase mucho tiempo para devolver al ánimo la serenidad, alterada por tan graves acusaciones.

Y volviendo los ojos a esas miradas de esqueletos desembarcados con el auxilio de las grúas del muelle, en cajones, como guñapos arrojados por la sangrienta ola de la guerra, renuévase el dolor en el alma pensando en que lo que las listas acusaban como cloro-anemia era simplemente hambre. Y lo que nos hacían tomar por enfermedades adquiridas al soplo mortal de aquel clima homicida, era más que el resultado de viles explotaciones.

Horrido espectáculo! Ellos, nuestros soldados, vertieron generosamente su sangre, dando la salud y a vida con no igualada prodigalidad; y mientras tanto, el dinero enviado por la Patria para alimentarlos y atenderlos perdiéndose en corrientes malvasas y engrosando la fortuna de unos dantos explotadores.

El General Losada tiene un deber que cumplir, y no puede eludir su cumplimiento sin cometer un delito de lesa patria; tiene el deber de decir algo más, tiene la obligación de decirnos por qué hizo eso ahora en tres días que antes en dos años, por qué ingresaron en los hospitales esos 15.000 hambrientos, sin que haya habido hasta ahora un espíritu valiente que salvara de la muerte a tantos miles de soldados como habrán perecido de hambre y las soledades de la manigua, en los campamentos, en los fuertes, lejos de todo hospital y privados de todo amparo.

Y cuando el General Losada haya cumplido ese deber cumplirá el suyo el Gobierno, porque a cambio le llevarán los clamores vestidos de tanto madre que pueden decir, vestidas de luto y con sollozos de dolor:

¿Por qué dimos a la patria nuestros hijos para que defendiesen la integridad del territorio y la honra de España, para que en santos altares hicieran el holocausto de su sangre, de su vida. Pero se

Movimiento obrero internacional

ARGENTINA

Capital.—Continúa en pie la huelga de los ebauistas y sin trazas de solucionarse en breve. Resistencia esta puramente pasiva...

El domingo pasado celebró simultáneamente la reunión del Círculo de Estudios Sociales y la conferencia del compañero Pellaco a la que acudieron bastantes obreros.

La falta de espacio nos obliga a ser breves al tratar de la conferencia. El conferenciante concretó en breves períodos la historia de la secular lucha humana por su emancipación...

Desear sería que esta clase de conferencias continuaran y el mejor medio para poder efectuarlas sería la constitución del mencionado círculo.

ESPAÑA

Los barrenderos de Madrid se han declarado en huelga.

Los obreros se quejan de que la Sociedad les exige que con cuatro máquinas barrenderas, únicas que aquella utiliza, se haga el trabajo de las 22 que debía haber.

Parece también que cuando los barrenderos caen enfermos, en lugar de poner suplentes obligan a los demás a que hagan el trabajo de sus compañeros...

Los huelguistas dirigieron sus reclamaciones al alcalde de la ciudad y en vista de que numerosos grupos se estacionaban delante del municipio...

Como consecuencia lógica de esta humilde reclamación a los operarios del municipio han reemplazado a los barrenderos.

En lugar de pedir, ¿por qué no exigir?

La huelga que sostienen los mineros de Bilbao es ha resultado satisfactoriamente habiendo sido atendidas sus reclamaciones.

BÉLGICA

La huelga iniciada hace poco se propaga en el distrito carbonífero del Borinage. En varios lugares han ocurrido ya sangrientos conflictos...

DINAMARCA

Desde Noviembre pasado la principado a regir la jornada de ocho horas en todos los servicios municipales de Copenhague incluso en la fábrica del gas.

INGLATERRA

La dirección de los grandes astilleros de la casa Armstrong en Elswick (Northumberland) anunció la reducción de horas de trabajo en sus talleres.

Notificada esta decisión, produjéronse disturbios. Intervino la policía. Muchos mecánicos fueron detenidos. Sin embargo, no se ha calmado aún la excitación entre los obreros...

En Londres, Birmingham, Sheffield Neath y otras ciudades del reino han verificado grandes meetings los empleados de ferrocarriles.

En todas partes se ha votado a favor de la huelga inmediata por una mayoría casi unánime. De los empleados piden aumento de salario...

La huelga de los maquinistas continúa. Los patronos se resisten a las reclamaciones de los huelguistas y presentaron nuevas proposiciones que han rechazado los maquinistas...

La tirantez de relaciones parece está camino de suavizarse. Las enormes sumas de dinero recaudadas por los huelguistas son el mejor elogio que puede hacerse del principio de solidaridad que cunde entre los obreros.

AUSTRIA

Según datos oficiales, en la ciudad de Praga, y durante los recientes últimos disturbios fueron saqueadas 44 tiendas, y rotas las ventanas de 700 casas. Las personas procesadas como culpables de los desórdenes son 67.

AVISOS

El gremio de obreros marmoleros se reúne el Domingo 19 del corriente en el local de la Sociedad Obreros Panaderos, a las 3 p. m. para tratar de la reorganización de su sociedad.

Se recomienda la asistencia a todos los obreros marmoleros.

La Sociedad de Obreros Panaderos invita a sus socios a una reunión extraordinaria que tendrá lugar el 19 del corriente a las 9 1/2 p. m. en su local social, para tratar la siguiente:

ORDEN DEL DIA

- 1.ª Renuncia de la mayoría del Comité Directivo de nuestra sociedad.
2.ª Pacto con la Sección de Mercaderes.
3.ª Propuestas del compañero José Boeres.
4.ª Asuntos varios.
Dada su importancia se recomienda la puntual asistencia.—El Comité.

Correspondencia administrativa

Rowstebank—G. M.—Recue la votre et je répondrai bientôt.

Paterson—Mascore—Escribi busco lo pedido y mandarlo si lo encuentro. Saludos a los amigos.

Tigo—RAUL—Recibido carta y todo lo demás. Gracias, escribiré y mando periódicos.

La Plata—Asociación—Mandé folleto pedido y original prometido, ¿recibieron?

Capital—E. L.—No recibimos el diario que dice, ni la nota. Tu suscripción sigue con el n.º 21.

Río de Janeiro—F. S. V.—Recibida la tuya y hecho tus encargos. Veremos de encontrar alguna de las obras que pides y la mandaremos.

Lomas de Zamora—H. Cecano—Recibido 1 \$ por conducto de un compañero que abona tu suscripción hasta el n.º 24.

Educacion Episkopel—A. B.—Recibidos 3 \$ que abona su suscripción hasta el n.º 28 inclusive.

Río de Janeiro—N. C.—Tu artículo, en conjunto, carece de interés para los ideas.

Capital—V. V.—Es equivocación tuya. Las fechas a que aludes incluyen dos años, no uno. Veremos de aprovechar al recurso.

Cobaino Sastre—A. R.—Recibida la tuya que procuraremos aprovechar para el próximo.

Villa Constitución—A. R.—El G. Los Acacias no posee Entre Campesinos y los dos pesos fueron entregados al mismo para que os los mandaran. Expedimos un paquete de estos folletos de la edición destinada a socorrer a los desterrados españoles.

Cauelías—L. C.—Van 5 ejemplares de cada número según aviso que recibimos. Avisad si son bastantes.

Montevideo—A. M.—Escribimos.

Rosario de Santa Fe—M. V.—Escribiremos.

Lisboa—J. CH.—Escribi. Espero contestación.

Subscripción voluntaria a favor de

La Protesta Humana

Capital—Lista N.º 18—H. D. 0.25, Cuasnovol 0.20, Dos 0.10, Como te de la gana 0.50. Recaudado en la conferencia del último domingo 1.45. Asesinato de sangre 0.20, Victorio Emmanuel 0.10, Menelih 0.20, Carnicero 0.30, Damián 0.50. Total \$ 3.80.

Por conducto de la Librería Sociológica Paganini 0.20, Vicente Gran 0.70, Triletrario 0.20, El pañal de la noche 0.20, E. Vilaplana 0.30, Arturo 0.25, Un errante 0.25, Arturo 0.35, Victorio Urroz 0.50, Viva la R. S. 0.30, Ernesto M. 0.50, Para el triunfo 0.30, Sara Suárez 0.12, M. A. 0.20, Escobas 0.10, P. Gallo 0.20, Una entrada al teatro 0.60, Descuento de circulares 0.55, Un partidario del Sabotage 0.20, Un ítem del Boycotage 0.50.

Itinerario—L. P. y O. C. 0.40.

Tandil—Enrique Mariane 0.50.

Catuaclas—Dartagnan 0.40, Un buen corazón mal visto 1, Kavaehol 0.50, Auto organizador 0.10. Total \$ 2.

Mitad para LA PROTESTA HUMANA y mitad para Germinal.

Montevideo—A todo gusto 0.50, C. Bradlanghes 0.50, Sans culottes 0.20, Mareus 0.20, P. C. 0.20, R. C. Fernández 0.16, I. L. Cuestas anarquista 0.20, El Rio de la Plata 0.10, Un feo 0.10, Isidro Ramirez 0.10, Acrata 0.20, Uno que busca el bien 0.20, Cualquier cosa 0.10, Uno que dió para el barco 0.20, N. N. 0.20, Como quiera 0.10, Un amigo de la causa 0.20, Victor Hugo 0.10, Rio Sena 0.10, Un saca anelas de Peñarol 0.16, La Patria existe para los pillos y los ignorantes 0.20, Un Español que no quiere barco 0.10, El de siempre 0.10, Para el barco de Peñarol 0.8 L. B. 0.20. Total \$ 4.50 oro.

Equivalentes a pesos 12.33 moneda papel.

Total recibido por conducto de la Librería Sociológica \$ 20.25

La Plata—Un pobre platense 1.

Marcos Paz—Por medio de la religión y de la patria alcanzaremos a razonar como el loro 2.

Rosario de Santa Fe—Un sombrerero 0.25, N. C. 0.10, Un anárquico 0.50, Ni Dios, ni amo 0.20, Uno que le gusta la idea 0.20, Abajo el burgués 0.10, Un bicho feo 0.10, Te pego y no te levantas 0.10, Soy socialista 0.10, Abajo el capital 0.10, Un viejo chucheta 0.20, T. H. S. 0.20, M. V. 0.35. Total \$ 2.50—Total general \$ 29.75.

Subscripción a favor de los desterrados españoles

Suma anterior—\$ 80.35 José Alcón 0.50, Aleluya 0.50, Uno a caballo 0.20, N. N. 0.50, Alejo Vélez 1—Total \$ 83.05.

FOLLETTIN DE «LA PROTESTA HUMANA» (8)

LA MORAL ANARQUISTA

POR

P. KROPOTKIN

por sus toilettes es para mantener la aristocracia a su altura; cuando nada hacen es por principio.

Se tiene necesidad de ayudar a los demás, de ayudar al coche que penosamente arrastra la humanidad; en todo caso se zumba en torno de él cuando no se puede hacer otra cosa» dijo Guyau. Esta necesidad de ayudar es tan grande que se la encuentra en todos los animales sociales, por inferiores que sean. Y toda esta inmensa actividad que cada día se gasta inútilmente en la política, ¿qué es sino la necesidad de ayudar al coche para que marche ó zumar en torno de él?

Ciertamente que, esta «fecundidad de la voluntad», esta sed de acción, cuando solo está acompañada de una sensibilidad pobre y de una inteligencia incapaz de crear, únicamente dará un Napoleón I ó un Bismarck, dos locos que querían hacer marchar el mundo hacia atrás. Por otra parte, una fecundidad del espíritu, desnuda de sensibilidad bien desarrollada, dará estos frutos secos; los sabios que detienen el progreso de la ciencia. Y por último, la sensibilidad no guiada por una inteligencia suficientemente vasta producirá estas mujeres que se sacrifican a un bruto cualquiera sobre el cual depositan todo su amor.

Para ser realmente fecunda la vida, debe serlo en inteligencia, en sentimiento y en voluntad, simultáneamente. Pero entonces esta fecundidad en todas las direcciones es la vida: la única cosa que merece este nombre. Por un momento de esta vida, los que la han entrevisto dan años de existencia vegetativa. Sin esta vida rebosante se es viejo antes de tiempo, un impotente, una planta que se seca sin haber florecido jamás.

«Dejemos a las podredumbres fin de siglo esta vida que no es vida», dice la juventud, la verdadera juventud, llena de savia que quiere vivir y sembrar la vida en torno suyo. Y cada vez que una sociedad cae en la basura, un impulso venido de esta juventud rompe los viejos moldes económicos, políticos y morales, para hacer germinar una vida nueva. ¿Qué importa si este ó aquel sucumbe en la lucha! La savia sube siempre. Para ellos, vivir es florecer, sean cuales fueren las consecuencias. Ni siquiera se preocupan de ellas.

Pero, sin hablar de las épocas heroicas de la humanidad, y tomando la vida de todos los días ¿es una vida vivir en desacuerdo con su ideal?

Actualmente se oye decir amenudo que del ideal nadie hace caso. Se comprende. Se ha confundido tantas veces el ideal con la mutilación boudhista ó cristiana, tantas veces se ha empleado esta palabra para engañar a los cándidos, que la reacción es necesaria y saludable. Nosotros también quisiéramos reemplazar esta palabra «ideal», cubierta de tanto estiércol, con una nueva palabra más conforme con las nuevas ideas.

Pero sea cual fuere la palabra, el hecho es el siguiente: Todo ser humano tiene su ideal. Bismarck tiene el suyo, por fantástico que sea; gobernar por medio del hierro y del fuego. Todo burgués tiene también el suyo; aunque sea la bañera de plata de Gambetta, el cocinero Trompette y muchos esclavos, para pagar el sueldo de Trompette y la bañera de plata, sin tener que asomar la oreja.

Pero al lado de estos, hay el ser humano que ha concebido un ideal superior. Una vida de bestia no puede satisfacerle. El servilismo, la mentira, la falta de buena fé, la intriga, la desigualdad en las relaciones humanas le repugnan y hacen rebelarse. ¿Cómo podría a su vez convertirse en servil, embustero, intrigante, y dominador? El ser humano entrevé que la vida sería mucho más bella si existieran mejores relaciones entre todos; siente la fuerza de poder establecer, con los demás seres que encontrará en su camino, estas mejores relaciones. Concibe lo que se ha llamado el ideal.

¿De dónde viene este ideal? cómo se forja, por herencia de una parte y por otra con las impresiones de la vida? Nada sabemos. Todo lo más que podemos hacer en nuestras biografías es formarnos de él una historia más ó menos verdadera. Pero sin embargo, existe, variable, progresivo, abierto a las influencias del exterior, pero siempre viviente. Es una sensación, inconsciente en gran parte, de lo que puede darnos una mayor suma de vitalidad, el placer de ser.

Ahora bien, la vida no es vigorosa, fecunda, rica en sensaciones, sino a condición de responder a esta sensación del ideal. Obrad contra esta sensación y sentiréis vuestra vida como se desdobra; no será ya una, iabrará perdido parte de su vigor. Faltad a vuestro ideal y concluiréis por paralizar vuestra voluntad, vuestra fuerza de acción. Pronto dejaréis de encontrar este vigor, esta espontaneidad de decisión que antes saboreábais. Sois un ser roto.

Nada hay de misterioso en todo esto, si se considera el hombre como un compuesto de centros nerviosos y cerebrales obrando independientemente. Flotad entre los diversos sentimientos que luchan en nuestro interior y pronto romperéis la armonía del organismo, seréis un enfermo sin voluntad. La intensidad de la vida bajará de grado en vuestro ser y en vano buscaréis nuevos compromisos; ya no seréis el ser completo, fuerte, vigoroso de antes, cuando vuestros actos se hallaban de acuerdo con las concepciones ideales de vuestro cerebro.

X

Y ahora, antes de terminar, una palabra sobre estos dos términos salidos de la escuela inglesa, altruismo y egoismo, y con los cuales se nos atruena continuamente los oídos.

Hasta el presente no hemos hablado de ellos en este estudio, debido a que no vemos la distinción que los moralistas ingleses han intentado introducir.

Cuando decimos: «Tratemos a los demás como quisiéramos ser tratados», ¿es el egoismo ó el altruismo que recomendamos? Cuando nos elevamos algo más y decimos: «La felicidad de cada uno está íntimamente ligada a la felicidad de todos los que nos rodean. Por casualidad se puede gozar de algunos años de felicidad relativa en una sociedad basada sobre la desgracia de los demás; pero esta felicidad está edificada sobre arena. No puede ser duradera; la menor cosa puede destruirla; y es miserablemente pequeña comparada a la posible felicidad en una sociedad de iguales. Así pues, cada vez que buscarás el bien de todos obrarás bien;» cuando decimos esto, ¿predicamos altruismo ó egoismo? Comprobamos simplemente un hecho.

Y cuando añadimos parafraseando una palabra de Guyau: «Sé fuerte, sé grande en todos tus actos; desarrolla tu vida en todas direcciones; sé rico en energía y por consiguiente sé el ser más social y el más sociable, si tienes empeño en gozar una vida plena, entera y fecunda. Guiado siempre por una inteligencia ricamente desarrollada, lucha, arriésgate—el riesgo tiene también sus placeres inmensos,—emplea tus fuerzas sin contarlas mientras las poseas; en todo lo que comprendas y sientas que es bueno y grande, y entonces habrás gozado la mayor suma posible de felicidad. Sé uno con las masas, y entonces, sea lo que fuere que te acezca en tu vida, sentirás latir contigo precisamente los corazones que tú estimas, y latir contra ti los que tú desprecias.» Cuando decimos todo esto ¿qué es lo que enseñamos, altruismo ó egoismo?

Luchar, afrontar el peligro; arrojarse al agua para salvar, no solamente un hombre, un simple gato; nutrirse de pan seco para poner fin a las iniquidades que os subleban; sentirse de acuerdo con los que merecen ser amados, sentirse amado de ellos; para un filósofo enfermizo, todo esto acaso sea un sacrificio. Pero para el hombre y la mujer llenos de energía, de fuerza, de vigor, de juventud, todo esto significa el placer de sentirse vivir.

¿Es egoismo? ¿es altruismo?

Por regla general, los moralistas que han

edificado sus sistemas sobre una pretendida oposición entre los sentimientos egoístas y los sentimientos altruistas, han equivocado el camino. Si esta oposición existiera en realidad, si el bien del individuo fuese realmente opuesto al de la sociedad, la especie humana no habría podido existir; ninguna especie animal habría podido alcanzar su actual desarrollo. Si las hormigas no hallaran un placer intenso en trabajar todas para el bienestar del hormiguero, éste no existiría y la hormiga no sería lo que es actualmente: el ser más desarrollado de todos los insectos, un insecto cuyo cerebro, perceptible apenas con el microscopio, es casi tan potente como el cerebro medio del hombre. Si los pájaros no encontraran un placer intenso en sus emigraciones, en los cuidados que prodigan a su progénie, en la acción común para la defensa de las aves de rapiña, el pájaro no habría alcanzado el desarrollo que presentemente ha alcanzado. El tipo del pájaro habría retrogradado en lugar de progresar. Y cuando Spencer prevé un tiempo en que el bien del individuo se confundirá con el bien de la especie, olvida una cosa: que si los dos no hubiesen sido siempre idénticos, la misma evolución del reino animal no habría podido realizarse.

Lo que ha sucedido en todas las épocas es que ha habido, tanto en el mundo animal como en la especie humana, un gran número de individuos que no comprendían que el bien del individuo y el de la especie fuésen idénticos en el fondo. No comprendían que, siendo el objetivo de cada individuo vivir una vida intensa, encuentra la mayor intensidad de la vida en la mayor sociabilidad, en la mayor identificación de sí mismo con todos los que le rodean.

Pero esto no era sino una falta de inteligencia, carencia de comprensión. En todos tiempos ha habido hombres de inteligencia limitada; en todos tiempos ha habido imbeciles. Pero nunca, en ninguna época de la historia, ni siquiera de la geología, el bien del individuo ha estado en oposición con el de la sociedad. En todos los tiempos han sido idénticos, y los que mejor lo han comprendido han gozado siempre más completamente de la vida.

La distinción entre el egoismo y el altruismo es, pues, absurda a nuestros ojos. He aquí porque nada hemos dicho tampoco de estos compromisos que el hombre, según los utilitarios, haría siempre entre sus sentimientos egoístas y sus sentimientos altruistas. Estos compromisos no existen para el hombre convencido.

Lo que existe, es que realmente dentro de las condiciones actuales, hasta cuando buscamos vivir conformemente con nuestros principios igualitarios, los sentimos lesionados a cada momento. Por modesta que sea nuestra comida y nuestra cama, somos siempre unos Rothschilds si nos comparamos con el que duerme debajo de los puentes

(Continuad)